

Polonia en el otoño de los pueblos: el motor de un cambio

Amelia SERRALLER CALVO

Universidad Complutense de Madrid.
ameliaserraller@yahoo.es

Recibido: Diciembre de 2009

Aceptado: Febrero de 2010

Resumen

En 2009 se cumple el vigésimo aniversario de la caída del Telón de Acero en Europa. Ha pasado el tiempo y la distancia nos permite analizar mejor este complejo fenómeno, que supuso un cambio trascendental del escenario internacional. Polonia fue el primer país en derribar el sistema y por eso le dedicamos una especial atención a la historia reciente de esta nación. Finalmente, es necesario recordar a las personas que hicieron esta transición posible, para evitar los peligros del totalitarismo y de la falta de sintonía entre los ciudadanos y su gobierno.

Palabras clave: comunismo, Europa del Este, elecciones libres

Abstract

Poland in the "Autumn of Nations": the Driving Force

The year 2009 has undergone the twentieth anniversary of the Iron Curtain's fall. Time has gone by, and the distance enhances a better analysis of this complex phenomenon, which led into a change of the international scenario. Poland was the first country in undermining the former system, and therefore we devote a special attention to the recent history of this nation. Finally, it is necessary to remember those people who made the transition possible, in order to avoid the dangers of totalitarism and the lack of understanding between citizens and their governments

Key words: Communism, Eastern Europe, free elections

1. A modo de introducción: más allá del muro

El pasado nueve de noviembre de 2009 una multitud de más de 100000 personas se congregó ante la Puerta de Brandenburgo para celebrar el vigésimo aniversario de la caída del muro de Berlín. La "Fiesta de la Libertad" estuvo presidida por los líderes de la Unión Europea, Estados Unidos y Rusia, invitados para conmemorar tan señalada fecha por la canciller alemana Angela Merkel. Además de dedicar una especial atención a los actos especialmente programados para la ocasión, la prensa y la televisión han recurrido a las hemerotecas y a un buen número de documentales para retrotraernos a 1989, año de la caída del comunismo en muchos países de Europa.

Sin embargo, siendo el Otoño de los Pueblos un fenómeno plurinacional y complejo, esta diversidad no está encontrando su justo reflejo en los medios de comunicación. Con la excepción del esfuerzo desplegado en el caso de Alemania, el resto de países han tenido poca presencia mediática en el recuerdo de los grandes cambios sociales que ellos mismos desencadenaron. Dejando aparte por qué se relega a un segundo plano a los protagonistas de nuestra historia reciente, esta injusta circunstancia sólo puede servir de acicate al ejercicio de la memoria.

A nadie se le escapa que es necesario el paso del tiempo para poder analizar los hechos con cierta perspectiva, pero los jóvenes que entonces auspiciaron estos gigantescos cambios son personas adultas, mientras que la siguiente generación no tiene la edad suficiente para recordarlos, o incluso para haberlos vivido.

La situación se agrava en el caso de los países de la llamada Europa occidental, espectadores de una serie de confusos acontecimientos que se agolpaban ante el asombro y la expectación de la opinión pública. La falta de contacto directo con la realidad cambiante de estas naciones que, debido a la opacidad del Telón de Acero, constituían todo un enigma para sus vecinos capitalistas, deja a nuestros adolescentes prácticamente huérfanos de referencias a la hora de familiarizarse con los hechos.

Resulta particularmente interesante que el éxito de la campaña de divulgación emprendida por Alemania se deba no sólo a una potencia económica, sino a un país que cuenta con una situación privilegiada a la hora de analizar lo sucedido. Me refiero no sólo a su ubicación estratégica, sino que su reunificación posibilita la empatía y el diálogo fructífero con el otro, que si bien vivió bajo otro régimen, no fue nunca un extraño.

Esa condición de nación híbrida y dividida reviste de un especial atractivo la historia reciente alemana, que cuenta además con el muro de Berlín como símbolo, realidad y metáfora del aislamiento y la falta de libertades. Sin duda en él se concitan el peso histórico y psicológico con el magnetismo y la fuerza iconográfica, pero se le vacía de significado a fuerza de invocarlo reiterativamente. Se acaba convirtiendo una tragedia en un mero cliché, al tiempo que, acaparando, todo el protagonismo, aparece como un fenómeno aislado. Es así como corremos el peligro de desnaturalizarlo doblemente, puesto que se nos presenta una imagen escamoteando su contexto. Un icono, sin embargo, es potente en cuanto a que en él la imagen se vuelve contenido, desvelando la unidad entre el qué, el cómo y el porqué.

Contra esta tendencia a hacer del muro un "souvenir", una tapia que reduce nuestro campo de visión o una fotografía de una pared en ruinas, proponemos en este artículo un recorrido por el conjunto de sucesos que, poco a poco, fueron transformando nuestro continente en lo que es ahora.

A nadie se le escapa, desde luego, que todo recorrido es selectivo, y como tal, sigue un criterio propio. El nuestro ha sido centrarnos en Polonia, país en el que hubo más revueltas anticomunistas, y en el que en consecuencia el sistema comunista cayó primero. Por eso mismo, es además el primer referente con el que cuentan el resto de movimientos de oposición de esta zona de Europa. Por falta de espacio, a las otras transiciones, igualmente apasionantes y complejas, les dedicamos una mirada panorámica

Con el fin de ordenar nuestra presentación la hemos subdividido en epígrafes, que corresponden a cinco momentos distintos que se distinguen en la caída del comunismo en Europa. Dichos momentos están enmarcados por esta introducción y

por las conclusiones finales. Estos apartados periféricos no se ciñen a la descripción de la historia, sino que abren y cierran un debate sobre ésta desde la perspectiva del observador actual.

2. El nacimiento del Bloque del Este.

Nuestra historia sin duda comienza con el estallido de la Revolución de octubre de 1917 el 7 de noviembre—25 de octubre según el calendario juliano entonces vigente en Rusia—en Petrogrado. Estalla entonces la guerra civil entre el ejército rojo y las tropas fieles al zar, el ejército blanco. Los combates duran hasta 1923, en medio de un clima inestable y belicoso en Europa, inmersa entre los años 1914 y 1918 en la Gran Guerra o Primera Guerra Mundial. El afán expansionista de la Revolución rusa, de vocación internacionalista en cuanto a su ideología marxista, acaba imponiéndose a la coalición internacional conservadora en el vastísimo territorio del antiguo Imperio zarista, pero fracasa el intento de Lenin de expandirse por Europa.

Sin embargo, es otra trágica guerra la que le otorga la posibilidad a la URSS de aumentar su poder en el Viejo continente. Después del contratiempo que supone a Stalin la victoria de los nacionales franquistas en la Guerra civil española (1936-1939), en la que Alemania e Italia apoyaban a los sublevados, mientras que el gigante soviético y México permanecían fieles al gobierno de la República, en agosto se sella el sorprendente pacto Mólotov- Ribbentrop. Por él, las dos potencias antagónicas se repartieron en secreto Polonia, mientras que Finlandia, Estonia, Lituania y Finlandia y parte de Rumania quedan, ante el estallido inminente de la guerra, como zonas de influencia soviética.

El 22 de junio de 1941 se rompe esta alianza cuando la Wehrmacht invade la URSS. Son tantas las víctimas entre los soviéticos y tan potente es su ejército, que la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial le da la posibilidad a Stalin de conseguir lo que Lenin nunca logró: tener media Europa colonizada. Este horizonte era bastante evidente para muchas de las naciones ocupadas por el Tercer Reich, que habían experimentado ya en sus propias carnes la codicia de las potencias dominantes. En esta clave se pueden interpretar los movimientos partisanos y el trágico levantamiento de Varsovia: parte de Europa prefiere morir en combate antes que perder de nuevo la libertad y la independencia.

Pese a la lucha de muchos pueblos por reconquistar su territorio, el ejército rojo realizó un trabajo casi impecable liberando los países invadidos tanto del yugo nazi como de sí mismos. De esta manera, Stalin se presentó en las Conferencias de Yalta y Potsdam de febrero y julio de 1945, con la tranquilidad de quien tiene a su ejército con el control de todo el continente hasta la línea del Odra- Niese. A cambio de apoyar a Estados Unidos en la Guerra del Pacífico, el tirano se aseguró sus conquistas, para lo que hubo que modificar las fronteras entre Alemania, Polonia y Ucrania—como territorio soviético—a su gusto.

Igual suerte corrió la población, a la que se decidió desplazar para que, con el nuevo diseño del mapa de Europa, no se encontraran de improviso fuera de su país. Con todo, se estima que dos millones de polacos de los territorios del este se con-

virtieron de la noche a la mañana en ciudadanos soviéticos, mientras que los alemanes de Silesia tuvieron que huir dejando atrás sus ciudades y casas, que fueron vaciadas y repobladas por los polacos de Vilna, Lviv y lo que hoy conocemos como la Galicja ucraniana.

En el caso concreto de Polonia, país cuya invasión por parte alemana desencadenó la guerra el 1 de septiembre de 1939, (se dice que uno de cada seis habitantes perdió la vida durante la contienda) los aliados sentían la necesidad de una reparación, que se limitó a la cesión de la ciudad alemana de Breslau (hoy Wrocław) y de las regiones de la Baja Silesia y la Pomerania oriental, así como la confianza ciega en las huecas palabras de Stalin que prometía en Yalta que “Polonia tendría un “gobierno democrático extranjero provisional”, para prepararla para “elecciones libres tan pronto como sea posible, basándose en el sufragio universal y el voto secreto”. A éste todavía se le concedió la soberanía de Königsberg, (actualmente Kaliningrado) gracias al cual ayer la Unión Soviética y hoy Rusia cuentan con un puesto estratégico junto al Mar Báltico.

La realidad, en lo que se refiere a esos supuestos anhelos democráticos, era evidentemente otra. Así, el Partido Comunista Polaco, que ya se había disuelto a instancias del dictador en 1938, fue reemplazado por uno nuevo controlado por Moscú que, en el momento de las conferencias de paz, actuaba como gobierno provisional. Muy distintos fueron los destinos de los auténticos comunistas polacos, que fueron represaliados aprovechando el caos de la guerra.

Con estos antecedentes, no es de extrañar que el Ejército nacional o *Armia Krajowa* continuara luchando en Polonia en la clandestinidad después del armisticio, ni que el Gobierno polaco en Londres (exiliado al ser invadido el país desde el oeste por Alemania, y apenas quince días más tarde, por la frontera oriental por la Unión Soviética) no diera su labor por concluida hasta 1990.

Una de las muchas pruebas de que el fin de la guerra estuvo lejos de suponer la paz, es la condena a muerte del subteniente Tadeusz Pleśniak, conocido como “El Lince” y que fue apesado con un arsenal en su poder y ejecutado en enero de 1949 en Rzeszów. Antes de eso los ciudadanos polacos habían visto cómo los resultados de las elecciones de 1947 fueron falseados, y cómo el PZPR había ido, progresivamente, aniquilando al resto de partidos.

El 14 de mayo de 1955 se firma en Varsovia el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua, un acuerdo militar entre los países del bloque del Este. Sus tropas pronto se erigirán en uno de los principales órganos represores de las protestas anticomunistas que se van sucediendo en las distintas naciones firmantes.

3. La “noche oscura” de la oposición: tres décadas de intentos frustrados.

Antes de que el Pacto de Varsovia existiera formalmente, en la República Democrática Alemana había intervenido el ejército rojo en junio de 1953, cuando tuvieron lugar las protestas contra el aumento de la cuota de producción y la política del gubernamental. El descontento estalló en Berlín Oriental y se propagó por todo el país. La represión fue lo suficientemente brutal como para mantener a la Alemania socialista en tensa calma hasta las manifestaciones de 1989.

El año 1956 vuelve a marcar un hito en el Bloque Comunista porque se asiste a las revueltas anticomunistas en Hungría y en Polonia. La naturaleza de estas protestas es distinta en cuanto a que en Hungría está encabezada por el propio partido en la figura de Imre Nagy, mientras que en Poznań se trata en junio de una protesta obrera por las pésimas condiciones laborales y los irreales planes de producción, a la que hay que sumar otra de los intelectuales en octubre. Sin embargo, ambas dan muestra del descontento de la población, que es aplacado en Polonia con buenas palabras y la promesa de un nuevo camino polaco al socialismo. Con este discurso Władysław Gomułka recupera el mando del partido¹ y el prestigio entre sus conciudadanos, siendo aclamado en el mitin de Varsovia del 24 de octubre de 1956 por el que fue confirmado en su cargo.

El caso de Hungría se puede considerar también un claro precedente de la Primavera de Praga del 68, puesto que se trata de movimientos “desde arriba” que son sofocados con la agresión externa, encarnada por las tropas del Pacto de Varsovia. Además, ambas protestas se inscriben dentro de un escenario internacional más proclive a estos cambios: en el caso húngaro, gracias a la muerte de Stalin en 1953; en el checoslovaco, con las revueltas estudiantiles de Mayo del 68 francés como telón de fondo.

El asesinato en 1958 de Nagy y de otros mandatarios de su entorno como represalia de los sucesos del 56, por el contrario, es un hecho inaudito y espeluznante. Máxime cuando, merece la pena insistir en ello, 1956 es también el año del “deshielo”, cuando en la celebración del XX Congreso del PCUS Nikita Hruščëv presenta su informe sobre los errores y los crímenes del camarada Stalin, en un ejercicio de revisionismo y autocrítica sin precedentes en el seno del partido.

Lo que desencadena la Primavera de Praga es la subida al poder de Alexander Dubček en enero de 1968. Entonces empieza el breve y sorprendente viraje hacia el “socialismo de rostro humano” en Checoslovaquia, que se tradujo en un programa liberalizador de reformas. Así, se da pie a un cierto debate público, con lo que la promesa de construir un nuevo camino para el socialismo se vuelve tangible y real.

Claro está que la intervención del 20 de agosto de las tropas húngaras, polacas y soviéticas echó por tierra esos cambios y esperanzas incipientes. De todas formas, el poder no se quedó satisfecho con la represión ejercida, y sabedor de que los acontecimientos praguenses tenían su correspondiente dentro y fuera del país, (cabe destacar a este punto a los “bonzos” Ryszard Siwiec y Jan Palach. El primero, en plena celebración de la cosecha se inmola el 8 de septiembre de 1968 en Varsovia ante los líderes del país, incluido Gomułka, y unas 100000 personas, ajenas al drama. El segundo, un estudiante checo que se suicida quemándose vivo en la Plaza de Wenceslao de Praga el 19 de enero de 1969) emprendió de forma paralela una agresiva campaña antisemita.

Pasaron dos años y en diciembre de 1970, tras una nueva e inesperada subida de los precios, estalla la huelga en la costa del Báltico en Polonia. Los manifestantes toman además las calles, siendo rápida y cruelmente respondidos por la policía, la

¹ Entre 1943 y 1948 había ocupado el cargo de primer secretario del Partido Obrero Polaco (*Polska Partia Robotnicza*), que a partir de la anexión del Partido Socialista Polaco (*Polska Partia Socjalistyczna*) pasó a denominarse Partido Obrero Unificado Polaco (*Polska Zjednoczona Partia Robotnicza*, PZPR).

temida *milicja*. Las víctimas son numerosas, algunas de ellas, mortales. A partir de este macabro fracaso, los obreros polacos aprendieron lo que no había que hacer si se quería que las protestas fueran eficaces. Por su parte, el ejecutivo perdió el voto de confianza que la sociedad había depositado en él tras los sucesos de Poznań, demostrando ser igualmente cruel que sus antecesores, el gobierno de corte estalinista presidido por Bolesław Bierut.

Nuevamente, el aumento desmesurado de los precios subleva a los trabajadores polacos, que en 1976 se concentran en las ciudades de Radom y Ursus. Una vez más, el partido desoye sus quejas y son represaliados de manera inhumana, pero importantes sectores de la sociedad, como los intelectuales, se solidarizan con los represaliados. Nace así el KOR (*Komitet Obrony Robotników* o Comité de Defensa de los Trabajadores) Su objetivo es ayudar económicamente a las familias de los obreros detenidos, encarcelados o muertos por haber participado en las protestas.

Por una parte, la nueva asociación cumple dos importantes funciones más: la de difundir las tropelías y los actos bárbaros que se cometen dentro del sistema, sirviéndose también para ello de la prensa extranjera. Por otra, encarna un salto cualitativo en el seno de la disidencia, que ya no se concentra en torno a destacadas individualidades como Adam Michnik, sino que su fuerza radica en la unión de distintos sectores de la sociedad mediante la ayuda mutua, que se revela bien organizada y eficaz. Principios, sin duda, que son los que inspiran al futuro sindicato de Solidaridad.

La unión entre intelectuales y obreros supone un salto cualitativo como bien explica (GEREMEK 1997: 139)², porque sólo una sociedad cohesionada puede hacer frente a un régimen totalitario, que cuenta con muchos más medios para imponerse unilateralmente. En el caso de los países firmantes del Pacto de Varsovia, al aparato represivo del Estado hay que sumar la perenne amenaza de la intervención de las tropas extranjeras.

El KOR se puede considerar también una red de disidencia en torno a la cual operaban iniciativas que incidían en distintas áreas de la sociedad, como fueron la Sociedad de Cursos Científicos y la Universidad Volante, que contaron con la participación de destacados profesionales y alcanzaron un gran nivel en la enseñanza de calidad no politizada.

Para hacernos una idea de la importancia del comité, merece la pena recordar los movimientos anteriores polacos, prestando una atención al apoyo con el que contaban: en junio de 1956 se produce la ya comentada revuelta obrera de Poznań, que tiene apoyo civil pero no de los intelectuales, que se mantienen al margen. Éstos, por el contrario, junto con parte de las élites políticas manifiestan su descontento en octubre del 56 y en 1968, sin que ahora los trabajadores se sumen a las protestas. Finalmente, en diciembre de 1970 son los obreros los que convocan una gran huelga en Gdańsk y las principales ciudades de la costa, pero cuando se dirigen a los estudiantes, éstos no les responden.

Mientras tanto, en Checoslovaquia se crea un grupo de oposición similar, Carta 77, entre cuyos ilustres firmantes y fundadores se encuentran Václav Havel y Jan Patočka. No hay mejor prueba de la fuerza moral del movimiento que el trágico des-

² “La experiencia polaca ha probado que existen dos sectores que son capaces de rebelarse contra un régimen totalitario: el formado por los intelectuales y estudiantes, que no tiene ninguna posibilidad de amenazar verdaderamente los fundamentos del régimen, y el obrero, capaz, el sí, de amenazar los fundamentos del régimen.”

tino de Patočka, uno de los mayores filósofos del siglo XX, discípulo de Husserl y de Heidegger. Su muerte, sin embargo, no pudo ser más trágica: el 13 de marzo de 1977, tras un interrogatorio de once horas de la policía secreta, fallece a causa de un ataque de apoplejía.

Por su parte, las iniciativas de Havel son a menudo tildadas de elitistas por ser más intelectuales que populistas, pero a la vez la ironía corrosiva de su teatro le hizo muy popular. En este aspecto se puede observar un nexo entre sus obras y las actividades de la Alternativa Naranja, que nació cuatro años más tarde en la ciudad polaca de Wrocław, experta en provocar la hilaridad general a fuerza de caricaturizar el sistema comunista.

Un inesperado factor entra en liza cuando el 16 de octubre de 1978 el cardenal Karol Wojtyła es proclamado Papa bajo el nombre de Juan Pablo II. Su primera visita a Polonia no se hace esperar, y en junio de 1979 el joven pontífice da muestras de un poder de convocatoria insospechado. En este acontecimiento ve el historiador británico Timothy Garton Ash el principio del fin del comunismo en Europa del Este³, ya que el desencadenante de todo sería el momento en el que un referente distinto al gobierno consigue aglutinar al conjunto de la sociedad. Ello además de manera absolutamente voluntaria, lo que le confiere más legitimidad todavía. Sin duda, la Iglesia católica tiene una larga historia como referente moral en Polonia, ya que, en lo que respecta al comunismo, había ejercido de contrapoder desde su advenimiento. Así, la población recuerda la valentía del Primado Stefan Wyszyński, que entre septiembre de 1953 y octubre de 1956 estuvo encarcelado. Su liberación se produce, no por casualidad precisamente, el año de los fastos por la conmemoración de los mil años del estado polaco. Sin duda, la puesta en libertad del cardenal fue utilizada por el régimen para ganar apoyo popular, pero también constituyó un gran triunfo para la Iglesia, que consiguió contar a partir de entonces con una modesta representación parlamentaria encarnada por el grupo Znak, también editorial.

Otro rasgo que distingue a la Iglesia polaca es la insólita carta dirigida a los obispos alemanes en 1965, bajo el lema de *przebaczamy i prosimy o przebaczenie*, esto es “perdonamos y pedimos perdón”, en referencia a los crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata de un documento que se adelanta a su época, ya que no obtuvo una respuesta por parte germánica y contó, para colmo, con la repulsa del gobierno comunista. Ello se debe a que el partido en el poder basaba su monopolio en el miedo a una agresión exterior, mediante el cual justificaba el patronazgo de la Unión Soviética. El papel de ésta, en consecuencia, era indispensable como garante de la paz. Con todo, uno de los principales logros de Edward Gierek como Primer Secretario fue la firma con la República Federal Alemana en diciembre de 1970 el pacto por el cual ésta reconocía las fronteras polacas. De esa manera, la amenaza teutona se fue haciendo poco a poco más endeble y difusa.

Lógicamente, otros acontecimientos de carácter internacional también tuvieron un gran peso en la transición de los países del Este a la democracia. Entre ellos cabe

³ El proyecto multimedia “EL FIN DE YALTA” da la Fundación Karta recoge estas palabras de Garton Ash: “Si tuviera que indicar una fecha que determinó el principio del fin” en la historia interna de Europa del Este, sería junio de 1979. Quizás sea una opinión demasiado polonocéntrica, pero creo que el primer peregrinaje del Papa a Polonia fue el punto crucial (...) Hay que dudar si Solidaridad hubiese nacido sin esa visita”.

destacar la victoria de Jimmy Carter en las elecciones estadounidenses, que se trajo en un papel preponderante—cuando menos, en lo formal—de los derechos humanos-, interpretando en su provecho y en el de los disidentes de Europa del Este el Acta Final de Helsinki, por el que las potencias reconocían la inviolabilidad de las fronteras europeas desde el 1 de agosto de 1975. Con él, la URSS consolidaba su zona de influencia europea al tiempo que se comprometía a velar, al menos en apariencia, por la soberanía de los pueblos y las libertades del individuo. Por otra parte, el Consejero de Seguridad Nacional del presidente demócrata, Zbigniew Brzezinski, era polaco, como su propio nombre indica.

4. David vence a Goliat: Gdańsk, 1980.

Tras la caída en desgracia del gobierno de Gomułka con los sucesos de diciembre del 70 se forma un nuevo ejecutivo presidido por Edward Gierek. Goza al principio de una cierta adhesión, pero esta confianza será una vez más traicionada. Y es que en agosto de 1980 se decreta, nuevamente, una subida de precios que no va acompañada del aumento en los salarios. Recordemos que esta misma circunstancia provocó los desórdenes de la zona de Gdańsk en 1970, y de Radom y Ursus cinco años después. Así, el 14 de agosto de 1980 estalla la huelga en el astillero Lenin de la ciudad báltica, que vuelve a estar en boca de todos. Los obreros no salen ahora a la calle, sabedores de lo que supone dar facilidades a una intervención de la *milicja* armada, y se organizan para evitar los excesos del alcohol y el derramamiento de sangre. La cabeza visible de este movimiento es Lech Wałęsa, un trabajador que tiene poco que perder, ya que el gobierno le ha represaliado manteniéndolo en el paro forzoso desde hace cuatro años.

Sin duda, muchas fueron las circunstancias favorables que desembocaron en el éxito de la iniciativa, pero la mayoría de ellas se basan a su vez en la sensatez de sus artífices. Empezando por el hecho de que sólo cinco personas conocían de antemano los planes concretos de los huelguistas, o siguiendo por la rápida redacción de los famosos veintinueve postulados en los que se sintetizaron admirablemente las necesidades, quejas y legítimas aspiraciones del trabajador de entonces. Todo ello cogió al gobierno por sorpresa, por lo que durante los diecisiete días que duró la huelga fue siempre a remolque.

Los obreros eran muy conscientes de la importancia de la información y de la propaganda, así que llenaron la ciudad de pasquines y consignas desde el primer día y crearon el primer boletín independiente y una emisora de radio propia. Como es lógico, una de sus demandas era la abolición de la censura, aparato al que consiguieron burlar con la colaboración de KOR y la presencia de corresponsales extranjeros. La guerra por la información la libraron apoyándose también en las emisiones de la Radio de Europa Libre, así como utilizando los interfonos e interceptando durante algún tiempo las comunicaciones de la milicia local. La reacción inmediata del gobierno consistió en mantener la región incomunicada del resto del país, pero esta vez se vivieron filtraciones en el seno del propio partido, que perdió entonces muchos miembros.

De todas maneras, la incomunicación tuvo unas inesperadas consecuencias en Europa occidental, en tanto a que pocos periodistas extranjeros tenían fácil el acce-

so a la información. Es por eso que se divulgaron falsos rumores de que el gobierno polaco retenía a los huelguistas en estadios, como si estuviera preparando una carnicería masiva al estilo de las de Pinochet en Chile.

La reivindicación más importante era la seguridad para el trabajador, en un sentido económico y físico. Es por eso que el primer punto, (del que, como el propio Wałęsa reconocería durante las negociaciones, dependían todos los demás) exigía la creación de un sindicato obrero libre. Resulta sumamente curioso como esta demanda se sirve del lenguaje de la élite dominante para dinamitarla. ¿Cómo va un régimen comunista a desoír abiertamente la voz del pueblo, del proletariado, que no reclaman sino una vida digna?

Como señalan Timothy GARTON ASH y Bronisław GEREMEK⁴, en Polonia tiene lugar una auténtica lucha de clases entre el poder y la masa obrera, o lo que es lo mismo, se da la paradoja de una auténtica revolución que se alza en contra del socialismo de Estado. Hablamos, pues, de una revuelta “desde abajo” en la que el proletariado se erige en protagonista absoluto, rechazando la autoridad de aquellos que llevan algo más de tres décadas hablando en su nombre.

La justicia y coherencia de los insumisos contrasta con el desconcierto en el seno del PZPR, que ha perdido la batalla moral y el monopolio del poder. Las crecientes muestras de simpatía y adhesión al astillero Lenin,—la huelga se extiende casi de inmediato por toda la Triple Ciudad o *Trójmiasto* de Gdańsk, Gdynia y Sopot, para ser a continuación secundada con sendas movilizaciones en Szczecin, Elbląg, Wrocław, Poznań, Bydgoszcz, Alta y Baja Silesia, Krosno, Łódź, Varsovia y Cracovia, mientras que en muchos lugares hay actividades subversivas que apoyan la convocatoria—hacen temer al ejecutivo lo peor: que el desafío se haga general y se extienda a todo el país.

Ni siquiera el aparato represor del estado es capaz de abortar las protestas. Por eso recurre a la censura, las detenciones ilegales, las infiltraciones en los astilleros, la extorsión, la desinformación, el corte de las comunicaciones, los intentos de desunir a los manifestantes aceptando sólo parte de sus requerimientos, y a la ayuda

⁴ En cuanto a la naturaleza de Solidaridad, dice (GEREMEK 1997: 146):

Solidaridad fue, en su sentido más amplio, un movimiento de liberación. En él se hallaban los polos del sentimiento nacional, del sentimiento social y, en el centro, la idea religiosa de la dignidad humana reencontrada. Así pues, rol revolucionario, revolución humana. Y algo muy importante: éste fue un movimiento, revolucionario por naturaleza, que desde el principio rechazó la violencia (...) Podemos afirmar como constatación de una realidad que la fuerza, el potencial de violencia, estaba del otro lado. Ellos eran más fuertes en ese aspecto y sin embargo para nosotros el rechazo consciente de la violencia se convirtió en un arma muy importante. “El poder de los sin poder” fue practicado “por el movimiento de Wałęsa”.

Finalmente, aduce (GEREMEK 1997: 206) que “los acontecimientos de 1989 en Europa Central fueron revolucionarios porque significaron un cambio de régimen y de sistema, pero al mismo tiempo perseguían objetivos muy diferentes: podemos asegurar que se trataba de una revolución realizada en oposición de la idea jacobina, un proceso que rechazó tales métodos, ya que el repudio de la violencia, la sangre y el terror significaba también el rechazo del poder centralizado, de una inmensa presencia del Estado: al contrario y frente a ello se alzaban las ideas de administración local, autogestión, el abandono de la idea jacobina de Estado. Esta es una de las nociones claves para comprender 1989. (...) La lección de 1989 en Europa Central y Oriental ha dado el golpe de gracia a la Revolución francesa de 1789 (...) No existía ninguna posibilidad de justificar el fenómeno jacobino o bolchevique. Había un rechazo frontal tanto a la vía como a la práctica de esa tradición. Pero eso no quiere decir que los sucesos de 1989 no fueran revolucionarios. Eisenstadt, uno de los grandes especialistas vivos de la noción de revolución, declara que en 1989 se ha producido una revolución y creo que tiene razón. Y es una revolución que algunos intentan reducir a contrarrevolución, es decir, a todo eso que yo llamo “el proceso de matar la Revolución francesa”.

soviética. Un célebre sermón del cardenal Wyszyński en Częstochowa es emitido y manipulado por la televisión estatal, convirtiéndolo en un llamamiento a la contención y a la mesura que parece pedir a los obreros que vuelvan al trabajo antes de haber conseguido nada. Finalmente, cuenta con la fuerza bruta de las fuerzas antidisturbios o ZOMO, la *milicja*, las reservas de su propio ejército y la ayuda militar extranjera.

Sea como fuere, es obvio el intercambio de papeles que entonces se produjo: es ahora el poder el amenazado, desconcertado y abandonado por sus ciudadanos, que con su determinación y unidad obligan al gobierno a ceder a sus demandas. Una de ellas tiene una importante carga emocional y justiciera: erigir un monumento a los obreros víctimas de los antidisturbios en las manifestaciones del 70. Dice el refrán que la unión hace la fuerza, pero en este caso, también al olvido: en diciembre del 80 se inaugura el emblemático monumento. Como consecuencia del acuerdo alcanzado el treinta de agosto en Szczecin y un día después en Gdańsk, nace Solidaridad, el primer sindicato libre y reconocido oficialmente en el Bloque del Este. Hoy en día “solidaridad” es un término casi manido, pero en su momento era el fruto de la reflexión. Movidos por esta convicción viajaron los intelectuales Tadeusz Mazowiecki y Bronisław Geremek de *motu proprio* a Gdańsk. Al hablar con ellos Wałęsa actúa con sinceridad e inteligencia al reconocer su falta de experiencia política. De esta forma, el líder sindicalista se hace con dos sabios consejeros, mientras que desde Varsovia el KOR se ocupa de afianzar la posición de los huelguistas en el resto del país y en el extranjero.

El nombre elegido para el sindicato refleja certeramente la alianza entre obreros, intelectuales, campesinos, ancianos y jóvenes, hombre y mujeres. Cabe a este respecto destacar que el sector agrícola proveía a los trabajadores; por su parte, los hijos aceptaban quedarse solos en casa, y las familias apoyaban plenamente a los obreros en su renuncia a trabajar, pese a la amenaza del paro, la discriminación, la cárcel o el hambre.

En noviembre de 1980 se reconoce a Solidaridad oficialmente. Hoy sabemos que el camarada Gierak admitió su legalización a regañadientes, con la idea de cortarles las alas en cuanto le fuera posible. Con todo, sentó todo un precedente: el Telón de acero sufrió su primer desgarró.

5. El canto del cisne del sistema polaco (1981-1988)

Siempre que se desgarrar una tela es necesario zurcirla. En este caso, el remiendo no se hizo mucho de rogar: el 12 de diciembre de 1982 el general Wojciech Jaruzelski toma el poder y decreta la ley marcial, en una noche de detenciones en la que disolvió un sindicato que sólo había existido *de facto* dieciséis meses. Además de la acción militar, la introducción de dicha ley supuso el cierre de las fronteras, el recrudescimiento de las penas, el fortalecimiento de la censura, el secuestro de varias publicaciones, los plenos poderes del gobierno advenedizo para efectuar detenciones, el corte de todas las comunicaciones, el cierre de las escuelas y las universidades, el toque de queda entre las diez de la noche y las seis de la mañana.

En concreto, el plan de la nueva cúpula consistía en obligar a Wałęsa a aparecer ante las cámaras leyendo una declaración que ya había sido redactada de antemano. Por fortuna, el carismático líder no se prestó a ello. Sin embargo, esa estrategia policial de libertad a cambio del descrédito personal o de información comprometedora

fue generalizada, y por tanto no siempre estéril. Curiosamente, el gabinete de Gierek fue también retenido y aislado en unas condiciones que, si bien no eran tan téticas como las de las cárceles o los centros de internamiento, provocaron la muerte por sucesivos infartos del camarada Zdzisław Grudziń.

Como es sabido, esta oscura página de la historia de Polonia, está siendo ahora objeto de una revisión histórica. El general Jaruzelski se exculpa asegurando que si obró de esa manera, fue para evitar el mal mayor de una intervención militar soviética que hubiera desencadenado un auténtico río de sangre. A día de hoy, ni los historiadores ni la justicia han encontrado evidencia de un plan de ataque, que por otra parte sería una expresión típica de la praxis soviética. Por eso es imposible saber cuáles eran las auténticas motivaciones del ex-primer secretario.

Lo que es indudable es el mazazo psicológico que supuso esta operación tanto para la oposición como para el conjunto de la ciudadanía. El ambiente era tenso, con la presencia visible del ejército y las tiendas vacías. Y es que, aunque la ley marcial termine formalmente en julio de 1983 con la “normalización”, ésta no deja de ser muy relativa. Su aplicación real se traduce en que instituciones como la escuela funcionan con regularidad, se disipa la amenaza de la intervención armada extranjera y la represión se vuelve más subrepticia. De todas formas, Solidaridad y el resto de organizaciones libres siguen prohibidas y la falta de libertades es real e inequívoca.

La sociedad, pese a estar coaccionada, organizaba actos de repulsa en todo momento, que consistían en llenar las calles a la hora de las noticias oficiales, homenajear visiblemente a los presos políticos el 13 de cada mes con flores, misas y velas, e intensificar la impresión clandestina de libros, revistas y periódicos, cuya tirada no era en absoluto despreciable. Sirva de muestra el siguiente dato: entre el 13 de diciembre de 1981 hasta mediados de 1986 se editaron un mínimo de 2328 publicaciones clandestinas distintas⁵.

Por su parte, surgieron nuevos grupos clandestinos de resistencias como OKO (*Ogólnopolski Komitet Oporu*, es decir, Comité de Resistencia Nacional) y TKK (*Tymczasowa Komisja Koordynacyjna*, o lo que es lo mismo, Comisión Coordinadora Provisional) mientras que Solidaridad y el KOR, una vez repuestos del impacto inicial, consiguieron reorganizarse colaborando con estos nuevos órganos. Además, el sindicato se metamorfosea en la *Solidarność Walcząca* (Solidaridad Combativa o Beligerante, literalmente “que lucha”).

Un suceso que conmocionó la opinión pública internacional fue el atentado que sufrió el Papa Juan Pablo II el 13 de mayo de 1981 en Roma a manos del turco Mehmet Ali Ağca. En él, el Sumo Pontífice resultó herido, con lo que el compromiso de la Iglesia católica quedaba patente. La identificación del pueblo polaco con su ilustre compatriota no podía ser mayor. Además, Wojtyła viajó dos veces a su país durante la década de los ochenta, en junio de 1983 y en junio de 1987. En esta última ocasión Juan Pablo II se saltó el programa oficial y visitó la tumba de Jerzy Popiełuszko.

La detención ilegal el 19 de octubre de 1984 del sacerdote Popiełuszko, seguida de su internamiento y misterioso asesinato, (se duda sobre si falleció ese mismo día o fue torturado hasta una muerte posterior, acaecida el 25) fue la gota que colmó el

⁵ “Od 13 grudnia 1981 r. do połowy 1986 r. Wydano co najmniej 2328 różnego typu druków podziemnych”. (SOWA, 2003: 705)

vaso de la indignación social. Por desgracia, no se trata del único caso de un religioso abatido por el gobierno de Jaruzelski, pero sí el más evidente. Sin ir más lejos, el trágico fallecimiento del padre Sylwester Zych no tiene el simbolismo que tuviera la muerte de su antecesor, porque las circunstancias siguen a día de hoy poco claras. Temerosos de haber creado un nuevo mártir, lo único que el aparato represor nos permite saber es que el padre guardó el arma con la que el 23 de febrero de 1982 Robert Chechłacz⁶ atentó contra la vida de Zdzisław Karos, jefe de la guardia civil o *Milicja Obywatelska*. Descubierta ésta, fue juzgado y encarcelado durante seis años, hasta que una vez puesto en libertad, su cadáver fue hallado el 11 de julio de 1989 en Krynica Morska. Un fatídico destino muy similar al que corrieron los sacerdotes Stefan Niedzielak y Stanisław Śluchowolec.

La escalada de violencia en la Polonia de los años ochenta es una buena prueba del callejón sin salida en el que se encontraba la República Socialista Polaca. En ese lúgubre ambiente la llegada al poder el 11 de marzo de 1985 de Mihail Gorbachëv a la Unión Soviética fue toda una bolsa de oxígeno. Su política de transparencia (гласность) y reajuste y del sistema, (la célebre перестройка) propició la libertad de expresión y aflojó los lazos por los que el resto de países “satélites” pendían de Moscú. Todo ello combinado con su creciente interés por la economía de mercado y con el giro radical en las relaciones internacionales, (como es sabido, tenía una gran sintonía tanto con Margareth Thatcher como con Ronald Reagan y George Bush padre) no podía sino favorecer a los disidentes de todos los países del bloque.

Por otro lado, Occidente daba cada vez más muestras de su apoyo moral e interés económico en la zona, como demuestran la concesión de sendos premios Nobel de Literatura al ruso Aleksandr Solzhenitsyn, (1970), al judío polaco Isaac Bashevis Singer (1978), al también polaco Czesław Miłosz (1980), al checo Jaroslav Seifert (1984), el ruso Joseph Brodsky (1987) , además de los de la Paz al disidente ruso Andréi Dmítrievich Sájarov (1975) y Lech Wałęsa (1983)

6. El Otoño de los pueblos.

En medio del favorable clima político internacional, se reanudan en 1988 las huelgas en Polonia. El gobierno, consciente de la crisis económica y de su falta de autoridad, se aviene a negociar. El 31 de agosto el entonces Ministro de Interior Czesław Kiszczak se reúne con Wałęsa, lo que provoca el fin de las huelgas el día siguiente. Con todo, el respaldo popular ha sido tan abrumador, que el sector más moderado del PZPR polaco, en esta ocasión encabezado paradójicamente por Wojciech Jaruzelski, se ve obligado a reflexionar sobre su pervivencia y la posibilidad de convocar elecciones libres.

Entre tanto, el Comité Ciudadano de Solidaridad, compuesto por cien destacados miembros del sindicato, se forma el 8 de diciembre para debatir y diseñar una nueva estrategia negociadora. El sindicato se transmuta así en partido con aspiraciones políticas, ante el nuevo giro que toman los acontecimientos. Finalmente, el 27 de

⁶ A los diecisiete años de edad hirió mortalmente con un disparo a Karos en el tranvía. Miembro de la organización ilegal Powstańcza Armia Krajowa-Druga Kadrowa, iba acompañado de otro joven activista de la organización.

enero de 1989 se produce un nuevo encuentro entre el ministro y el líder de la oposición, en el que se deciden los actores para el debate del futuro del país. Dichos actores son cuatro: gobierno, oposición, Iglesia y prensa.

Las negociaciones de la Mesa Redonda dieron comienzo el 6 de febrero de 1989 y acabaron el 5 de abril de ese mismo año. Sin duda, hablamos de un hecho sin precedentes en un país comunista, que culmina llamando a los polacos en junio a las urnas. La alegría y el protagonismo mediático internacional de las elecciones se vieron empañados por la triste coincidencia con la matanza de la Plaza Tiananmen, que ocurrió también el 4 de junio.

Se trataba de unas elecciones pactadas, en tanto a que el Partido Comunista se había reservado 65% de los escaños en el Parlamento. De esa forma garantizaba su supervivencia política, así como su participación en el gobierno venidero.

El resultado de los comicios, sin embargo, sobrepasó con creces las expectativas de los propios miembros de Solidaridad, que lograron noventa y nueve de los cien representantes en el Senado, así como todos los escaños del Parlamento que quedaban vacantes una vez firmado el acuerdo. En plena euforia, el 24 de agosto de 1989 Tadeusz Makowiecki fue investido Primer Ministro de Polonia, el primer jefe de gobierno democráticamente elegido en el Este de Europa. La República Socialista de Polonia había desaparecido ya.

Para finalizar con el análisis de la apasionante transición polaca, precursora de la del resto de países, es indispensable señalar sus dos precedentes históricos. La fecha, el año 89, hacía casi inevitable la comparación con la Revolución Francesa. Para GEREMEK (1997: 206) se cierra un ciclo, el de unos nuevos ideales que se alzan en Francia contra el poder establecido y que, cuando por fin lo detentan durante décadas, son derrocados por otros. Por ello, a su juicio existe un claro paralelismo en la forma de luchar por el poder y de mantenerlo, entre el terror jacobino y el comunismo bolchevique⁷.

Muy recurrente es también la comparación con la Transición española, en la que los intelectuales como Michnik o el propio Geremek veían un modelo incruento y conciliador, que no sólo no supuso el colapso económico para el país, sino un mayor impulso. No eran pocos los paralelismos entre las dos naciones, aisladas como habían estado políticamente de Europa, con un volumen de población similar, una tardía industrialización, una situación geográfica cercana a los límites del continente, y una marcada tradición católica. España, a partir de su ingreso en la OTAN y de su rápido crecimiento bajo el amparo de la Comunidad Europea, era un inmejorable punto de referencia para los polacos.

Los cambios se sucedieron paralelamente en Hungría, empezando por la destitución de su histórico líder János Kádár en 1988. En su lugar, el Politburó coloca a Imre Pozsgay, representante de la corriente revisionista. Un año después, el Parlamento “acomete un paquete de democracia”, en el que la influencia polaca es evidente: la libre asociación y expresión son el contenido principal del mismo.

⁷ “Podemos afirmar que (la Revolución francesa) en cierta forma ha durado hasta el final del siglo XIX, pero si lo analizamos de otra manera, ha persistido hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética. En concreto, allí podemos encontrar el fin de la tradición jacobina en Europa, los jacobinos de la revolución y el terror del siglo XIX, los bolcheviques y el comunismo en el siglo XX” (GEREMEK 1997: 206)

Junio de 1989 es una fecha emblemática en la transición húngara. Es entonces cuando tiene lugar el momento más emotivo del proceso, con la solemne conmemoración del asesinato en 1958 de Imre Nagy, en representación de todas las víctimas de 1956 y de los represaliados del sistema. En su homenaje se celebra un multitudinario oficio fúnebre que ejemplifica la unidad y la reconciliación nacional.

Una mayor intensidad política tiene el “Octubre húngaro”. En él, el Partido comunista se disuelve, se reforma la Constitución, y, entre el 16 y el 20 la Cámara Baja decide celebrar elecciones presidenciales directas, y parlamentarias libres. Finalmente, el día 23 se declara oficialmente la República Húngara.

Democratizadas Polonia y Hungría, eran países de obligado peregrinaje en los que otros movimientos anticomunistas (el ucraniano Ruch, el georgiano, el Foro Cívico checo, sucesor de Carta 77, o el lituano Sajudis) acudían en búsqueda de apoyo y consejo. Algo similar ocurría con la población de los países todavía comunistas vecinos, siendo muy numerosos los grupos de alemanes que cruzaban el Odra para huir al Oeste. Así, a través de Polonia y Hungría, llegaban a Austria, cuya frontera fue la primera en abrirse. Es importante destacar la ayuda prestada en este momento por los polacos a sus antiguos invasores, que como ya hemos comentado, eran constantemente demonizados por la propaganda comunista.

Por su parte, el aparato estatal de la República Democrática Alemana, así como su temible policía, la tristemente famosa Stasi, fueron sorprendidos por la oleada de manifestaciones que a principios de noviembre de 1989 se sucedían sin descanso. Finalmente, el 9 de noviembre cayó el muro de Berlín, con lo que se abrieron de inmediato las fronteras. Poco después, concretamente el 3 de octubre de 1990, la reunificación de Alemania ponía fin a cuarenta y un años de división, esquizofrenia y aislamiento.

Paralelamente, en la vecina Checoslovaquia, el movimiento Carta 77, que desde el principio colaboró estrechamente con el KOR polaco y Solidaridad, había desplegado una actividad intensa. Motivo de ello fue la detención y posterior encarcelamiento de Havel, justo en el momento en el que se estaba fraguando la llamada Revolución de terciopelo.

El desencadenante directo de dicha revolución es la represión de las manifestaciones pacíficas en Praga y Bratislava con motivo del Día Internacional del estudiante, el 17 de noviembre. Como respuesta, nace el movimiento Foro Cívico y se convoca con gran éxito la Huelga General del 27 de noviembre. Entre tanto, todos los días se organizan actos de protesta, encabezados por los estudiantes, el gremio de los actores y los miembros del foro, que invocan a los presos políticos y alzan su voz contra la represión policial. Su éxito es tal, que el 26, en calidad de líder de la organización disidente, Václav Havel es llamado a negociar por el Primer Ministro Ladislav Adamec.

Por fin, el 28 de noviembre el Partido Comunista checo renuncia al poder, así como al monopolio de éste. Se abren entonces las fronteras y se crea un ejecutivo provisional dirigido por Gustáv Husák, que dimite poco después, con lo que Havel le sucede en el cargo. Se convocan elecciones libres en junio de 1990, que reafirman la legitimidad del dramaturgo como presidente con una importante victoria en las urnas. El símbolo checoslovaco fueron las sonoras llaves que agitaba la masa enfiervorecida, apostada a partir del 21 en la Plaza de Wenceslao de Praga, y en el caso eslovaco, en la Plaza Hviezdoslav o en la del Levantamiento Nacional de Bratislava.

Lo que entonces no se sabía es que la Revolución de Terciopele desembocaría en la creación de dos estados independientes, la República Checa y Eslovaquia, que se separaron de mutuo acuerdo el 1 de enero de 1993. Los motivos de esta ruptura son complejos, puesto que la convulsa historia Centroeuropea ha unido y separado alternativamente estos dos pueblos vecinos, tan cercanos culturalmente. Así, durante el Romanticismo el nacionalismo checo y el eslovaco cobraron una singular importancia dentro del Imperio Austriaco, llamado desde 1867 Austrohúngaro. El fin de la Primera Guerra Mundial supone el ocaso del Imperio y el nacimiento de Checoslovaquia. En 1938 la Alemania nazi se anexiona la región de los Sudetes, y va ganando terreno checoslovaco hasta que el 15 de marzo de 1939 las regiones eslovacas no anexionadas se independizan bajo el mando del padre Jozef Tiso. El régimen fascista eslovaco deja de existir en 1945, y tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Checoslovaquia reaparece como país en Europa.

La última revolución que culmina en el año 1989 fue la rumana, de la que hoy podemos decir que fue ampliamente distorsionada por la prensa occidental. Ni tantas fueron las víctimas entre los manifestantes de Timisoara y Bucarest, ni tan extendidos los métodos represores de la Securitate. Muy al contrario, muchas de las víctimas mortales de los sucesos violentos de diciembre perecieron después de que fueran asesinados Nicolae Ceaușescu y su esposa Elena. Éstos primero huyeron en helicóptero, pero al estar el espacio aéreo cerrado tuvieron que aterrizar y fueron detenidos. A continuación, se les sometió a una farsa de juicio e inmediatamente ajusticiados ante los medios de comunicación y la exaltación general, coincidiendo con el día de Navidad. Para justificar semejantes métodos se recurrió al bulo y a la hipérbolo, con lo que la opinión pública concedió crédito a las insistentes informaciones de que la leucemia del “Vampiro de los Cárpatos” le llevaba a utilizar víctimas inocentes como donantes, que morían periódicamente para reconstruir la sangre de su líder.

Por su parte, en Bulgaria, el 10 de noviembre de 1989 abandonan el poder Todor Zhivkov y Milko Balev. La campaña antiturca de su gobierno de mediados de los ochenta causó asombro y estupor en la escena internacional, por un lado. Por otro, cuando el anciano Zhivkov puso freno a las reformas liberalizadoras, el descontento popular aumentó considerablemente. Una oleada de manifestaciones se suceden justo antes de su dimisión, detrás de la cual se sitúa el PCUS ruso, que decide destituir a los impopulares líderes y poner al Ministro de Exteriores, Petar Mladenov, al frente del ejecutivo. Con ello se gana tiempo hasta que en febrero de 1990 los comunistas búlgaros renuncien voluntariamente al poder, y se convoquen elecciones libres en junio de 1990. El que había sido el aliado soviético más fiel, país campeón de las reformas agrícolas, abandonaba ese año el COMECON, el acuerdo que desde 1949 regulaba la cooperación económica entre los países comunistas.

Por desgracia, no todas las transiciones fueron moderadas ni pacíficas, ni tan poco es el ya comentado caso rumano el más cruento. En ese aspecto la desmembración de Yugoslavia y el colapso de su sistema fueron un nicho de sangrientas guerras. La primera chispa saltó el 25 de julio de 1991, con la proclamación simultánea de la independencia de Eslovenia y Croacia, que fueron reconocidas rápidamente por parte de la comunidad internacional, no así por sus antiguos compatriotas. Gracias a la habilidad diplomática de los líderes eslovenos, a sus reservas militares

y a la negativa a intervenir en el fratricidio de buena parte del ejército yugoslavo, la contienda se resolvió en diez días, con la firma del Acuerdo de Brioni, y con menos de un centenar de víctimas.

Sin embargo, el caso croata hería muchas más susceptibilidades. Un mes después de la declaración de independencia las fuerzas serbias tenían ocupado un cuarto del país. El cruel conflicto étnico entre Croacia y Serbia duró cuatro años y se vio extendido y agravado en la República de Bosnia que, tras independizarse por medio de la celebración de un referéndum en febrero de 1992, fue invadida en abril. Sin grandes aliados internacionales, objeto de la codicia de los dos ejércitos rivales y con unas capacidades militares muy inferiores, Bosnia será la más castigada por la guerra. Sarajevo se convierte entonces en la capital mundial de la barbarie, asediada por crueles francotiradores que no respetan a nada ni a nadie, disparando a civiles en el mercado o durante los entierros de sus familiares caídos.

Obviamente, la religión fue uno de los desencadenantes de la disputa. En ella buscaron legitimidad y respaldo los combatientes: los serbios, en las Iglesias ortodoxas serbia, griega y rusa, en Roma los católicos croatas. El caso bosnio es más complejo, en cuanto a que la región era, hasta entonces, un crisol tolerante en el que predominaban los musulmanes. Si bien los serbios fueron los más belicosos, como los croatas contaban con el segundo ejército más potente, la limpieza étnica llegó a sus cotas más terribles en Bosnia. A medida que avanzaba el conflicto se volvía más cruento, como demuestra la matanza de Srebrenica. Y es que para colmo los bosnios no contaban con ningún colectivo de emigrados adinerado e influyente, con lo que la cooperación internacional fue a todas luces insuficiente.

El fusilamiento de unos 8000 bosnios en Srebrenica, incluidos niños, jóvenes, mujeres y ancianos, figura también en las conciencias de los cascos azules holandeses que comandaban en ese momento la misión pacificadora de la OTAN. Muy inferiores en número al ejército serbio y desasistidos por la Alianza Atlántica, cedieron al chantaje de las tropas capitaneadas por Ratko Mladić y abandonaron a la población a su suerte. Pese a que los combates en la zona se remontan a 1993 y el asedio, a abril de 1995, la comunidad internacional garantizó a la población su seguridad en todo momento. En el momento de su caída, el hambre y los continuos ataques oprimían a los habitantes en medio de un mes de julio asfixiante. La selección de las víctimas mortales,—preferiblemente varones—y las violaciones y vejaciones a las que fueron sometidos los habitantes que no lograron huir antes, ha hecho que la masacre sea considerada por el Derecho internacional como un genocidio.

Los acuerdos de Dayton, firmados en Roma en diciembre de 1995, acaban con la guerra en Croacia y Bosnia, pero a la vista de que la tensión con Macedonia—que se había independizado de Yugoslavia en septiembre de 1991—era creciente, y de que en abril de 1996 estalla una nueva guerra civil entre serbios y kosovares, la OTAN lanza ataques aéreos a serbios y montenegrinos entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999. La paz se alcanza cuando el presidente serbio Slobodan Milošević se convence de que no recibirá apoyo ruso, mientras que la Alianza prepara una invasión terrestre con unas fuerzas internacionales muy superiores.

Transcurren seis años y en junio de 2006 Montenegro se independiza pacíficamente de Serbia. La cuestión de la independencia de Kosovo, declarada unilateral-

mente el 17 de febrero de 2008, sigue siendo un punto conflictivo de la política exterior europea, ante la falta de unanimidad en su reconocimiento. Además, obstaculiza la adhesión de Serbia a la UE, al tiempo que divide políticamente al resto de países de la comunidad internacional.

En cuanto al caso de Albania, su líder carismático Enver Hoxha tenía una concepción del comunismo muy personal (como también le ocurría, a su manera, a Tito, que puso a Yugoslavia a la cabeza del movimiento de países no alineados). A su muerte en 1985 asumió el poder Ramiz Alia, quien decidió suscribir el Acta de Helsinki ante la pujanza del revisionismo en el Este, amparado por la política de Gorbachov. En 1990 su política se orienta hacia Occidente, ingresando en el Consejo Europeo y en la OTAN, con lo que dos años después se celebran las primeras elecciones pluripartidistas. No se descarta que Kosovo, cuya población es mayoritariamente albanesa, se una en un futuro cercano a sus vecinos dando forma al sueño nacionalista de la Gran Albania.

Para terminar, agosto de 1990 fue el mes de los golpes de Estado que desembocaron en “la caída del Imperio”, esto es, la disolución de la Unión Soviética. Si bien el golpe de estado de Yanáyev y el supuesto contragolpe de Yeltsin se llevaron a cabo sin derramamiento de sangre, no sucede lo mismo con los conflictos étnicos, que en ocasiones recuerdan la crudeza de los Balcanes. Así, en Azerbaiyán, Nagornyj Karabakh, Armenia, Georgia y Chechenia tienen lugar crudelísimos sucesos, auténticas guerras en el caso del Cáucaso. Son conflictos, estos últimos, enquistados, y que persisten hoy, extendiendo la ola de violencia a las repúblicas vecinas, las dos Osetias e Ingushetia.

Desde el punto de vista económico y social la caída de la Unión Soviética fue también una catástrofe, puesto que las privatizaciones se acometieron de forma improvisada y descontrolada. Antes de derrocar a Gorbachov, Yeltsin, en calidad de presidente de la República de Rusia inició este salvaje proceso, que todavía no había empezado en las otras autonomías del territorio soviético.

En paralelo a estos acontecimientos se produce en diciembre de 1991 la independencia efectiva de Bielorrusia y de Ucrania, que se lleva a cabo con desigual suerte. El régimen de Aleksandr Lukashenko sigue en el punto de mira por la ausencia de democracia y la falta de derechos del individuo. Siendo Ucrania, por el contrario, un país más democrático, la tardía Revolución naranja que tuvo lugar en noviembre de 2004 ha quedado en el limbo de las ilusiones inconcretas, máxime cuando el país está dividido entre la población del oeste, cuya lengua materna es el ucraniano y que aspira en su mayoría a ingresar en la Unión Europea, y el este, repoblado con rusos venidos de otros lugares del Imperio, que cuenta con otras tradiciones y una gran simpatía hacia su vecino.

Por fortuna, no todos los procesos de las repúblicas ex-soviéticas fueron tan negativos, como atestigua el caso de las Repúblicas Bálticas, Lituania, Letonia y Estonia. El símbolo de su revolución fue la gigantesca cadena humana de unos dos millones de personas que el 23 de agosto de 1989 unieron los más de 600 kilómetros que hay entre las tres capitales, Vilnius, Riga y Tallin. El activismo anticomunista se llevó a cabo de manera pacífica, con lo que entre 1990 (Lituania) y 1991 (Estonia y Letonia), cada república alcanzó la independencia. Pese al descon-

tento que después manifestaron algunas de las minorías polacas y rusas que viven en la zona, hoy en día todas cuentan con una economía saneada, además, miembros de pleno derecho de la Unión Europea.

7. A modo de conclusión.

Para lograr su incorporación a la OTAN y al mercado común europeo, o su candidatura oficial (caso de Croacia) o potencial (Albania, Bosnia Herzegovina, Montenegro, Serbia y Kosovo), estos países han sufrido duros vaivenes económicos, que han obligado a la población a renovarse y doblegar su eficacia, mientras que se disparaban los precios. Con todo, la situación económica en Europa del Este es, en líneas generales, ostensiblemente mejor que la que había antes de la Primavera de los Pueblos. El autogobierno es una realidad en estas naciones, en las que la nostalgia del comunismo no es el sentimiento predominante. Por todo ello, si hubiera que hacer un breve balance, podría decirse que el esfuerzo ha merecido la pena. Sin ir más lejos, el Otoño de los Pueblos es el fenómeno que más miembros ha aportado a la Unión Europea, concretamente la antigua Alemania del Este, Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, la República Checa y Rumanía.

No por ello, sin embargo, podemos dejarnos llevar por el triunfalismo, puesto que no todas las revoluciones han sido pacíficas. Algunas, como en la antigua Yugoslavia o en la caída de la Unión Soviética, han desembocado en guerras de una crueldad exacerbada. Por si esto no fuera poco, la situación económica y política de países como Rumanía, Albania, Bosnia, Serbia, Bulgaria, Macedonia, Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán sigue siendo inestable. No pretendemos equiparar tan diversas realidades, pero si dar cabida a una reflexión, no por obvia menos necesaria: ¿acaso han tenido estos países una transición auténtica, es decir, libre, autónoma y completa?

De hecho, en el complejo fenómeno de las transiciones en Europa del Este no siempre el resultado del proceso ha sido la instauración de la democracia. Ello se debe a que la sociedad civil, hastiada en todos los países, sólo ha protagonizado los primeros cambios. Con la apertura de Polonia, Hungría, Alemania del Este, Checoslovaquia, los partidos comunistas comprendieron que, cuando el enemigo es más fuerte, hay que tomar la iniciativa y unirse a él. Con ese fin, las antiguas élites se sirvieron del maltrecho orgullo nacional, herido durante cuatro décadas por la hegemonía soviética, para simpatizar con sus conciudadanos y hacer su programa electoral atractivo y novedoso. Bastaba con renunciar al monopolio del poder y dar entrada a las multinacionales extranjeras para obtener el apoyo de las potencias capitalistas. Incidiendo en los desmanes del comunismo, (requisito innecesario en el caso de la Rusia de Putin y Medvedev) se intenta manipular a la población, hacer que prefiera la enorme desigualdad económica de hoy a la falta de libertades de antes.

Es indudable que la represión de los regímenes comunistas era terrible, pero muchos países siguen sin ver las libertades que, en teoría, ya conquistaron. Por eso, a nuestro entender, es cínica la postura de algunos de los nuevos gobiernos y de las

potencias occidentales, porque no es ningún triunfo la instauración de un simulacro de democracia sin que apenas mejore la calidad de vida del ciudadano medio. Por supuesto, de entre este subgrupo de naciones inestables, no todas se ajustan completamente a este perfil. En líneas generales, sin embargo, se observa un gran maniqueísmo histórico. Debe de ser frustrante para muchos ciudadanos el sentimiento de que ha sido un títere buena parte de su vida, mientras en otros países, sus vecinos podían decidir libremente su destino. Evidentemente, la realidad es mucho más ambivalente y compleja. El cambio en la política rusa con el advenimiento de Putin al poder demuestra, entre otras cosas, que éste ha decidido suplantar ese insano complejo de inferioridad ante la historia por una vuelta al orgullo imperial, sumamente nocivo.

En resumen, es necesario un análisis más profundo y crítico del pasado, porque de éste, si es en su totalidad exaltado o rechazado, no se aprende nada. También los políticos deberían replantear su estrategia, que equipara siempre el neocapitalismo a la mejora del nivel de vida. En muchos casos, sin embargo, este reclamo ha movilizad a una sociedad por un tiempo, ¿pero cómo puede responder un país descontento de su pasado e insatisfecho con el presente? Sin duda, sería un gran motivo de alegría una rápida recuperación de las economías más débiles, porque prometer grandes horizontes en medio de una realidad gris es una estrategia que no se sostiene a largo plazo.

De todas formas, hay motivos para el optimismo: los primeros países han demostrado una extraordinaria capacidad de recuperación, mientras que todos los miembros de la UE, así como los que están muy cerca de serlo, cuentan con un importante respaldo económico. En el peor de los casos, todas las sociedades del Bloque del Este han demostrado valentía, espíritu crítico y una extraordinaria capacidad de sacrificio a la hora de rechazar un sistema que se servía vilmente de ellos por incorporar parcialmente los defectos y las virtudes de otro. Aun así, la vida es más dura en los países que han derribado sus estructuras económicas anteriores que en los que no tuvieron que transformarlas.

Como sobre el futuro se puede sólo elucubrar, es deber de todos rescatar el pasado del olvido. Por eso quisiera acabar este artículo con estas sabias palabras del recientemente fallecido Bronisław GEREMEK (1997: 236)

No valoramos suficientemente la importancia de la memoria como valor político. La memoria del comunismo desapareció con el sistema. La memoria de la vida difícil, de la vida que transcurre haciendo colas para comprar las cosas más indispensables en los almacenes vacíos, la falta continua de todo, quedó muy pronto fuera del horizonte psicológico de la población. Ahora somos conscientes de que las generaciones más jóvenes del país rechazan pensar, reaccionar y comportarse en términos de historia. Nosotros hemos perdido la guerra por la memoria y eso tiene consecuencias sobre el comportamiento político de la sociedad.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ MORALES, M. (1999): *Juan Pablo II, el joven que llegó a Papa*, Casals, Barcelona
ARENDT, H. (1998): *Sobre la Revolución*, Alianza, Madrid.
ANDRIĆ, I. (1999): *Un puente sobre el Drina*, Debate, Barcelona.
BIAGI, E. (1976): *Viaje a Rusia*, Noguer, Barcelona.

- BAUMAN, Z. (2006): *Europa, una aventura inacabada*, Losada, Madrid.
- BRECHT, B. (2003): *Brecht on Art and Politics*, Methuen, Londres.
- BRZOZA, Cz. i SOWA, A. L. (2003): *Wielka historia Polski, Tom V: Polska w czasach niepodległości i drugiej wojny światowej (1918 1945). Od Drugiej do Trzeciej Rzeczypospolitej (1945 2001)*, Fogra, Cracovia.
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, H. y MADE, T. (1988) *Unió Soviètica, la rebellió de les nacionalitats. El cas d'Estònia*, Acta, Barcelona.
- GEREMEK, B. y VIDAL, J. C. (1997): *Bronisław Geremek en diàlogo con Juan Carlos Vidal*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid.
- CARR, E. H. (1981): *La Revolución Rusa*, Alianza, Madrid.
- DAVIES, N. (1981) : *God's Playground. A History of Poland, vol. 2, 1795 to the present*, Oxford University Press, Oxford.
- DAVIES, N. (1996): *Europe, a History*, Oxford University Press, Oxford.
- GARTON ASH, T. (1984): *The Polish Revolution: Solidarity (1980-1982)*, Scribner, Nueva York.
- GOYTISOLO, J. (1993): *Cuaderno de Sarajevo*, El País Aguilar, Madrid.
- GRASS, G. (1990): *Alemania, una unificación insensata*, El País Aguilar, 1990.
- GRASS, G. (1993): *Discurso de la pérdida. Sobre el declinar de la cultura en la Alemania unida*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- DRNOVŠEK, J. (1999): *El laberinto de los Balcanes*, Ediciones B, Barcelona.
- HAVEL, V. (1995): *Discursos políticos*. Espasa Calpe, Madrid.
- HAVEL, V. (1990): *El poder de los sin poder*, Encuentro, Madrid.
- HERLING GRUDZIŃSKI, G. (2000): *Un mundo aparte*, Turpial, Madrid.
- KAPUŚCIŃKI, R. (1993): *Imperium*, Czytelnik, Varsovia.
- KAPUŚCIŃKI, R. (2008): *Imperium. Postscriptum*, Agora, Varsovia.
- KAPUŚCIŃKI, R. (1962): *Busz po polsku*, Czytelnik, Varsovia.
- KARDARKAY, A. (1994): *Georg Lukács vida, pensamiento y política*, Alfons El Magnànim: Generalitat Valenciana, Diputació Provincial, Valencia,
- KOŁAKOWSKI, L. (1980): *Las principales corrientes del marxismo*, Alianza, Madrid.
- KUNDERA, M. (1994) : *La broma*, Seix Barral, Barcelona.
- ŁUKOWSKI, J. y ZAWADZKI, H. (2001), *Historia de Polonia*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LUKÁCS, G. (1978): *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona.
- LUKÁCS, G. (1975): *La crisis de la filosofía burguesa*, La Pléyade, Buenos Aires.
- LUKÁCS, G. (1973): *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Pasado y presente, Córdoba (Argentina).
- MARTENS, L. (1995): *La U.R.S.S. y la contrarrevolución de terciopelo*, Editorial Cultura Popular, La Habana.
- MIŁOSZ, Cz. (1981): *El pensamiento cautivo*, Tusquets, Barcelona.
- MIŁOSZ, Cz. : *Otra Europa*, Tusquets, Barcelona.
- PATOČKA, J. (1976): *Los intelectuales ante la nueva sociedad*, Akal, Madrid.
- REED, J. (1976): *I saw the new World born*, Progress, Moscú.
- RUTHERFURD, E. (2001): *Rusos*, Punto de lectura, Madrid.
- SARTRE, J. P. (1973): *Alrededor del 68*, Losada, Buenos Aires.
- SARTRE, J. P. (1964-1968): *Problemas del marxismo I y II*, Losada, Buenos Aires.

- SOLZHENITSYN, A. (2005-2007): *Archipiélago Gulag: ensayo de investigación literaria* (1968-1975), Tusquets, Barcelona.
- SOLZHENITSYN, A. (1999): *El colapso de Rusia*, Espasa Calpe, Madrid.
- SOLZHENITSYN, A. (1963): *Un día en la vida de Iván Denisovich*, Herder, Barcelona.
- STEINER, G. (2005): *La idea de Europa*, Siruela, Madrid.
- TAIBO, C. (1995): *Crisis y cambio en la Europa del Este*, Alianza, Madrid.
- TAIBO, C. (1998): *Las transiciones en la Europa Central y Oriental*, Catarata, Madrid.
- TISCHNER, J. (1983): *Ética de la solidaridad*, Encuentro, Madrid.
- TYMOWSKI, M. (1995): *Najkrótsza Historia Polski*, Trio, Varsovia.
- VLADIMIROV, L. (1975): *Los rusos de hoy*, Plaza & JanEs, Barcelona.
- V.V.A.A. (2005): *The Days of Solidarity*, Fundacja Ośrodek Karta, Varsovia.
- V.V. A.A. (2003): *Koniec Jalty/ El fin de Yalta (1945-1989)*, Fundacja Ośrodek Karta, Varsovia.
- WAT, A. (2009): *Mi siglo*, Acantilado, Barcelona.
- ZAMOYSKI, A. (2008): *Varsovia 1920. El intento fallido de Lenin de conquistar Europa*, Siglo XXI, Madrid.